

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 158

Sevilla—Miércoles 15 de Julio de 1903

AÑO XXVII

Miseria intelectual

Todas las arrogancias del ministro de la Gobernación, sus arrestos de la palabra, siempre incisiva y provocadora, siempre mordaz y adornada con las retóricas, no fueron bastantes a evitar el desbordamiento de sus odios y de sus pasiones, y se desbordó en corriente impetuosa, empujado por la ola ultramontana que invade todo su organismo, presentándose tal como es, como verdadero sicario de una escuela que aspira a la total dominación de las conciencias y al atrofiamiento de las inteligencias de los hijos de España, para mejor someterlos y dominarlos.

No anduvo con trópos ni con distingos el ministro de la Gobernación para tratar de defender sus entusiasmos ultramontanos ni ocultar públicamente la predilección de su corazón por las comunidades religiosas.

Descaradamente expuso al Congreso todo su pensamiento, y con los entusiasmos, de un fervoroso creyente y las incoherencias de un iluminado, entonó en períodos vibrantes himnos de gloria para los regulares, presentándolos como dechado de todas las virtudes, difundidores de los conocimientos, que poseen los secretos de todas las ciencias.

Llegó a tal extremo su apasionamiento por los del cingulo y la cogulla, y su frenético entusiasmo por los hijos de Loyola, que cerró airado contra todas las libertades, y negó iracundo todo verdadero progreso y todo avance de la ciencia, como no haya salido del claustro ó haya sido incubado en el antro residencial de la Compañía.

Desafió, excitó, provocó, retó a todos los liberales, a todas los demócratas, desde aquel sitio, desde el banco ministerial, que como liberal ocupara diez años antes, alegando su inconsecuencia, mejor, su simulado silencio de entonces que le sirviera para elevarse, como palma de martirio al mejor servicio del fervor ultramontano que se desbordó en la sesión del sábado último.

Grilletés, cadenas, cerrojos, esposas, todo el tejido de instrumentos bárbaros de tortura física y de encadenamiento del pensamiento, quiere imponer el Sr. Maura a la educación de nuestro pueblo, tapan-do todo resquicio que no sea visado por el fraile y por el jesuita.

Calle el pensamiento, viva atrofiada en arrobamientos místicos la inteligencia, conténgase el movimiento científico en los límites que la revelación ciega y la fe de todas las negaciones impongan, según el canon del jesuita ó la regla del agustino, del bernardo, del paulino, del marista, establezcan.

Así nos quiere seguir gobernando el partido conservador; así, sujetos al freno de la ignorancia y de la barbarie que nos aleja y nos distancia más cada día de Europa, pretenden seguir dominando a este pueblo que sufre todos los aislamientos y aguanta todos los agravios por la vida de miseria intelectual a que se le tiene sometido, para que esos sabios de la avaricia y del egoísmo, que, aparte de su instinto de acapararlo todo, no llevan sus conocimientos más allá de los clásicos latinos y su moral encenagada en todas las usurpaciones para acaparar bienes para la comunidad, único mundo cuya existencia reconocen, y únicos amores que sienten su viscera, que no late para pasiones nobles ni para puros afectos del alma y del sentimiento.

En esas manos se quiere depositar la cultura española, y a esos cerebros entregar el porvenir de una raza.

¡Y aún no ha despertado el pueblo y la masa liberal no ha protestado!

A. A.

Nota del día

Es objeto de todas las conversaciones el desafío llevado a cabo en las cercanías de Madrid entre los diputados republicanos señores Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano.

Como nudo gordiano de una cuestión pública suscitada por los antagonismos de dos hombres, públicos también, estimamos que ha sido cortado tarde.... pero no mal, como los en que en este asunto se ocupan han creído.

Torpeza, deslealtad, soberbia, requerimientos de justicia, cualquiera cosa que fuere—nosotros ni juzgamos ni juzgamos—necesitaba una solución que debió de ser rápida y que ha sido tardía... todo esto es verdad, pero al fin ha llegado como mejor podía llegar.

Alguien—quizá los más—han entendido que, para llegar a ese final, es decir, para gastar pólvora en salvas, no debió de empezarse como se empezó.

Esto es: el público de las galerías quería, ó carne de Blasco, ó carne de Soriano, sin tener en cuenta que estos dos hombres han vivido en la mayor confraternidad, y que, a la hora de las culpas—si las ha habido—los dos fueron culpables, como, a la hora de las victorias, ambos resultaban victoriosos.

Pero aparte todo esto, que no es otra cosa que una suposición, ¿quién pudo creer que, a sangre fría, le diera Soriano un tiro a Blasco, ni Blasco a Soriano?

¿Qué hubiera logrado Soriano resultando matador? ¿Se lo hubiera perdonado jamás el pueblo de Valencia, en el que Blasco es una de sus principales figuras? ¿Se lo hubiera perdonado jamás su conciencia misma, como hombre ilustrado y amigo queridísimo que fué?

No. Rodrigo Soriano ha hecho bien en disparar al aire, y el otro también.

Ambos iban con perfecta conciencia de su situación, y ambos han obrado cuerdamente.

—Pero, entonces, el público de las galerías....

Quién más, quién menos, habrá pasado por una situación parecida, sólo que no tuvieron espectadores que se tomaran calor por estas cosas.

Sucedé en esto como sucedería con los suicidas si, para suicidarse, lo consultaran con padrinos: que no se suicidaban.

El duelo es una barbaridad, y, como barbaridad, está llamada a desaparecer.

Eso de reñir a la voz de mando, con la mayor elegancia en las posiciones y haciendo coraje cuando avisan, si no fuera ridículo, sería estúpido.

Cuando dos hombres se ofenden, y después de ofendidos se ven, y no se matan, es que no se quieren matar.

¡Y que aprenda el público de las galerías a no meterse en camisas de once varas!

Esta es una justa compensación a su deslealtad.

Porque ese mismo público que hace a los hombres, muchas veces sin razón, los deshace, sin razón también.

Aquí no hay justos.

Todos somos pecadores.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

El Sr. Maura ha dicho en el Congreso que los acontecimientos de Infesto no habían tenido importancia alguna....

Don Antonio el magnífico tiene razón. En Infesto no murió ningún fraile, ni ninguna beata.

Las víctimas fueron todas del pueblo laico.

¿Qué importancia va a tener un suceso

en el que no juega papel la Santa Madre Iglesia, única por la que hay que mirar en España, según ese sabio mallorquín?

Estas cosas y otras como éstas han ahondado las diferencias de los señores ministros actuales, y ya se habla de que el Sr. Maura se irá a su casa a descansar de las fatigas que ha sufrido por regenerar el país desde la *Gaceta*, que era su sueño favorito desde que pronunció en Sevilla aquel célebre discurso que tanta fama le dió.

Vaya con Dios el Sr. Maura. Y agradézcale su caída al olor a incienso que se trae.

El ha dicho que aquí hay que estar con la Iglesia ó contra la Iglesia.

Perfectamente: él con la Iglesia su cliente.

Como nosotros no tenemos ningún pleito que defender de dicha señora, estamos contra ella.

Se habla con fundamento de que el Sr. Maura se unirá a los señores Nocedal y Llorens.

Ellos tres y el padre Montaña pueden formar un partidito.

Y si no un partidito, al menos una *partía*.

El Liberal de Sevilla llama *desiduosos* a los señores concejales de nuestro Ayuntamiento porque no se ocupan en otra cosa que en resolver los asuntos particulares del Sr. Ybarra, cacique máximo.

Los señores vecinos de Sevilla deberían tomar nota de los nombres de los señores que componen la mayoría conservadora del presente Ayuntamiento, para tenerlos presentes en el día de mañana, cuando la hacienda municipal se vea convertida en merienda de negros.

Me explicaré. No quiero decir, al decir merienda de negros, que la hacienda sea repartida entre unos y otros, que ni tengo ese concepto, ni sería razonable suponerlo.

Me refiero al millón de pleitos que dejará la mayoría conservadora como forzada herencia a los que hayan de sucederle en la administración del municipio cuando concluya el año actual.

Si los susodichos pleitos tuvieran como fundamento la defensa de los intereses del procomún, bien estaría; pero como todos ellos están basados en iniquas y venganzas particularísimas de quien ha tomado la casa del pueblo como lavadero de bajas pasiones, es digno de las mayores censuras y de que la ciudad de Sevilla lo tenga en memoria para consecuencias ulteriores.

Se avecina un pleito entre la Empresa de Aguas y el Municipio, pleito que estaba justificadísimo en épocas en que dicha empresa se burlaba de la ciudad; pero que hoy, cuando tiene todos sus servicios al corriente, nos parece ridículo, aunque estimamos que el Ayuntamiento, por eso mismo, debiera de arreglarlo sacando las mayores ventajas para la capital en orden a los servicios públicos.

Se avecina otro pleito, cuya pérdida por parte del municipio es segura, entre éste y la Empresa arrendataria de sillas en paseos públicos. En este asunto hay hasta un acto de crueldad. Los rendimientos de esta contrata están destinados al Asilo de San Fernando, y este establecimiento se encuentra con la merma consiguiente por resistirse el contratista, con razón, a satisfacer un céntimo.

Casi todos los servicios del Ayuntamiento están desatendidos si éstos han sido origen de contratas, porque los contratistas, si no son amigos ó servidores ó espulques del cacique, del maestro de escuela que manda al municipio sus oficinistas, se ven vejados y entorpecidos en todos sus derechos.

Hay otro pleito de mayor entidad, con perjuicio hasta de la salud pública.

La Empresa del Alcantarillado contrata con el Ayuntamiento este servicio, esta reforma importantísima, ofreciéndosele que había de dársele por el municipio el agua suficiente para la limpia. Dicha Empresa extiende su radio de acción, ejecuta sus trabajos, implanta su alcantarillado, cegando los pozos negros, y cuando una extensa zona se encuentra cubierta, sirviendo de vaciadero general, exige al Ayuntamiento el agua para la limpia, y éste se ve imposibilitado de cumplir su compromiso por carecer de ella.

La salud pública se resiente; la ciudad de los azahares conviértese en ciudad de la peste, y la Empresa del alcantarillado

reclama y pide la rescisión del contrato

Lo único que permanece inalterable, fijo, sereno, fino como la seda, es... la tarifa 3.ª de consumos, el dogal que tiene al cuello el pueblo manso, que paga la libra de tomates a treinta céntimos, para que el señor cacique conservador, uno de los principales accionistas de la Empresa de Consumos de Sevilla, perciba por sus acciones un veintisiete por ciento a costa del hambre y de la miseria.

Las pasiones ruines por un lado, la ignorancia y la mala fe por otro, tienen convertida a Sevilla en un foco de inmoralidades.

Por un capricho de los cuatro señoritos servilones que fueron llevados al Ayuntamiento para servir los intereses de su señor en las horas de vagar, las leyes del Estado son burladas, el gobernador es engañado y el mismo Municipio vuelve sobre sus acuerdos, convirtiendo a Sevilla en egido de pueblo rural.

Ese Sr. Gobernador que el año pasado cerraba, obedeciendo órdenes superiores, un barracón de feria colocado a las mismas puertas de Sevilla, ese mismo señor Gobernador es el primero en autorizarlo a la hora presente, haciendo escarnio de la ley.

Nada nos importan estos hechos sino en aquello que se roza con la administración honrada de un pueblo y con el respeto que se debe a la salud y a la conveniencia pública, y porque nos indigna la lacayonería servil de los que están llamados a poner las cosas en su lugar, y a decirle a los señores que administran la hacienda municipal que son reos de delito público, como malos administradores.

Ya sabemos que los administradores de hoy pechan con las torpezas que cometieron los administradores de ayer; pero también sabemos que, en vez de remediarlas, las aumentan y hacen escarnio de las leyes.

Amigo *El Liberal*: no es desidia, porque la desidia es indolencia, y en último caso, la indolencia no es delito.

Hay interés preconcebido en burlar y pisotear la ley, sabedores, como son, que, en saliendo del Ayuntamiento, como nada tienen, nada le han de pedir; y, como en último caso, la hacienda municipal es la que se derrocha, allá ella que pague las torpezas y los favores concedidos a los amigos y paniaguados del señor que los manda hacer como si los mandara embetunarle las botas.

El Papa está agonizando,
el Papa se va a morir...
¡Tanta música están dando
que dan ganas de reir
en lugar de estar llorando!

En Tembleque se ha perdido toda la cosecha.
¡Rogativas! ¡Rogativas!
Enseguida se arregla lo de Tembleque.
Y si no, que lo diga Maura.

El diestro Antonio Fuentes, matador de toros, ha hecho declaraciones republicanas en Zaragoza.
¡Hola, correligionario!
A ver si nos ayuda a darle la puntilla a tantos marrajos.

CARRASQUILLA.

A LA TRAPA

Ambicioso, cínico y vaticanista, a última hora se ha mostrado tal cual es el degenerado ministro de la Gobernación.

¿Es un caso de atavismo?
Puede ser. Sin entrar a discutirlo, afirmamos la contradicción que subyuga rápidamente y brutalmente nuestros sentidos.

Y la contradicción es esta: entre el *leader* de las reformas ultramarinas en el disuelto partido sagastino, allá en las pos-trimerías del siglo XIX, y el defensor de los órdenes monásticas en los comienzos del siglo XX, media un abismo.

Aquel Maura no es éste. Una transformación bárbara se ha operado en su espíritu.

¿Será acaso que se han despertado en su corazón, arraigándose con inusitado fervor, seniles afectos hacia las rancias tra-

diciones que enaltecen con estúpido arro-
bamiento los espeluznantes cuadros de
las hogueras inquisitoriales, ó las estetas
manifestaciones de la enervante vida con-
ventual?

¿Será quizás que el arrullo de tórtola
e enamorada con que se insinúa monetaria
y espléndidamente la compañía de Jesús,
capitaneándole en concepto de primer
jurisperito de la empresa, le ha trastor-
nado el cerebro hasta hacerle caer rendi-
do como virgen seducida en los brazos de
aquellas bestias apocalípticas que cantan
poemas á las honradas masas carlitas é
integristas, sustentadoras de todos los
fanatismos y de todas las ignorancias?

Imposible explicar con acierto este ca-
so en la historia política contemporánea.

Sólo negando la ley indeclinable del
progreso humano, sólo cerrando los ojos
de la inteligencia á la positiva y abruma-
dora realidad de los hechos, cabe pensar
que el sentido común y la conciencia in-
dividual acepten una retrogradación tan
anómala en el proceso de las ideas.

Y si se admite así, la conclusión es
clara. Ese sentido y esa conciencia están
alterados, están enfermos, han perdido el
equilibrio, porque la razón serena, base
de los mismos, se ha quebrantado.

Hay aquí, pues, una personalidad no
integrada debidamente. Una personali-
dad que ha perdido sus facultades más
preciadas, y la reflexión deja de ser ra-
cicio para convertirse en locura.

¡Pobre Maura! Es un loco; es un dege-
nerado. Así lo llaman hoy los escritores
ingleses, y han acertado.

Es el místico del banco azul. Y es un
místico genial, en cuanto que ha dejado
sin representación á Vadillo, Nocedal y
los Pidales, llevándose la bandera de la
estulticia dogmática y fraíluna.

Los degenerados místicos tienen su
Leganés ó su Miraflores.

Suplicamos á D. Francisco Silvela que
se cure de espanto y haga la crisis y nos
lleve á D. Antonio Maura á la Trapa.
Allí, vestido con el sayal del religioso, y
exaltado por las visitas de sus protegidos
padre Cardona y padre Comillas, vivirá
dulce y tranquilamente cambiando su triste
papel de lechuzca política por el de fraile
en olor de santidad.

¡Sí, á la trapa!

J. MARCIAL DORADO.

Las calabazas de Spínola

¡Pero qué mal angel tiene este arzobis-
po! ¡Pobre hombre! Por fin se ha quedado
sin el capelo, que es tanto como quedarse
sin novia un enamorado después de tener
arreglada la boda y hechos todos los gas-
tos.

—¿Qué tal impresión le ha causado?—
preguntamos á un señor que le visita mu-
cho. Porque ha de saberse que hasta en
sus relaciones hay corazones generosos
partidarios del cura Lázaro; su ilustrísi-
ma tiene sublevados entre sus mismos ser-
vidores como los zares de Rusia. Y dicho
señor, que por cierto es muy gracioso,
nos contestó:

—¡Parece de corcho cocido! Si usted
le viera, diría que está contento de haber
encontrado quien le sustituya.

¡Hombre, bien! No se puede decir con
más miramiento que engaña su cara.

Supónganse ustedes, lectores carísi-
mos, que se sientan ustedes á la mesa con
gran apetito, teniendo delante un buen pla-
to de solomillo, y que en el momento de
abrir la boca viene un mandadero, les
quita el plato, se lo lleva y otro á les deja
á ustedes sin carne. ¿No es verdad que es
para relamerse de gusto?

Un chasco así le ha pasado á nuestro
Arzobispo con el capelo, y quiere hacer
creer que no lo ha sentido ni pizca. Este
D. Marcelo tiene cualidades increíbles y
una franqueza que encanta.

¡Buen lance ha echado! A nosotros nos
habrían producido más desasosiego unas
almorranas, no por presunción, que esta-
mos cuerdos y nos estimaríamos igual-
mente en muy poco, aunque nos adorna-
sen con un traje de ópera, sino por la ne-
gra honrilla de Sevilla, que con sobrada
razón se siente humillada.

—Otra vez será—dicen cuatro majade-
ros. Sí, otra vez será, y si nó, otra; vayan

ustedes tendiéndole ese puente á lo largo
del río, porque á lo ancho está visto que
se retrasa mucho, y conformémonos con
que la capital de Andalucía vaya á la co-
la de las metrópolis de España.

Dígase lo que se quiera, el arzobispado
de Sevilla está postergado por causa de
Spínola; es una rémora el pobre señor que
ha hecho perder á la ilustre iglesia sevil-
lana el alto rango que ha tenido siempre,
y no lo recobrará mientras tenga este ar-
zobispo.

Estamos enterados de que en una jun-
ta de propuestas cardenales León XIII
dijo, al oír sonar el nombre del Sr. Spí-
nola:

—Cognosco oves meas (conozco esa
oveja.) ¡Sevilla! ¡Gran ciudad, pero chico
arzobispo! Le mandaré mi bendición.

—Y una pila de agua bendita—parece
que añadió en voz baja un cardenal amigo
de Sancha.

Ni aquí, ni en Roma, ni en ninguna
parte tiene prestigio; no le queda ni la
máscara de santidad, y no es él que me-
nos ha cooperado á esta buena obra, por-
que él ha sido el que ha dicho de sí mismo
lo peor que puede decirse de un hombre,
y, sobre todo, de un cristiano.... ¡Que no
tiene corazón! Me lo dijo á mí cuando se
lo nombré, confiado en la eficacia de este
llamamiento cristiano para que no me
tratase con tanta crueldad, y bien lo ha
probado y lo está probando con lo que me
está haciendo pasar, con la particularidad
de que no ha obrado por arrebató, lo cual
hasta cierto punto sería disculpable; hace
once meses, día por día, que me tiene so-
metido al tormento del hambre, y esto ya
es indicio de depravación.

Es mucho lo que se ha dicho de él; en-
tre unos y otros lo hemos dejado hueco;
hemos escudriñado su virtud, y no la tie-
ne: al menos es estéril porque no da fru-
tos de buenas obras; hemos examinado
sus discursos, y se ha visto que no dice
más que tonterías.

Jamás se le ha visto figurar en empre-
sas serias y progresivas; pero, en cambio,
no hay jolgorio místico que revista algu-
na solemnidad al que él no asista; última-
mente se le ha visto presidiendo la insulsa
fiesta de las espigas, que es una mala co-
pia del paganismo, de nueva invención.

Otro día será la fiesta de las uvas, y
más adelante, tal vez, la de los borrachos;
hasta que reaccionando á gusto de los frai-
les jesuítas, que son los que introducen
estas novedades anticristianas para atraer
á la gente y hacer negocio, volvamos á la
fiesta del *Asno*, en la que el cura termina-
ba la función con un rebuzno, y el audito-
rio contestaba con otro rebuzno general.
No crean algunos que es broma, que es
un hecho histórico. A eso tiran esos Judas,
á que seamos todos burros y poderse mon-
tar encima.

¿Cómo era posible que hiciesen á Spí-
nola cardenal con preferencia á D. Sebas-
tián Herrero, que es un arzobispo moder-
nista (de carrera laica) y de excelentes
sentimientos? Sabido es que abandonó la
judicatura por no firmar una sentencia de
muerte; y nos consta, Sr. Romero Gago,
que mira como el mayor mal de la clase
eclesiástica el que hay en ella mucho vul-
go, debiéndose contar en este número el
clérigo afeminadamente vestido, con por-
te de cadete y maneras afectadas, pero
asaz ordinario; por otra parte, por su
irreflexión, intemperancia y bajos senti-
mientos.

¡Echarse él encima, D. Sebastián He-
rrero, el tremendo remordimiento de ha-
ber dejado perdido á un sacerdote! ¡Ni
pensarlo siquiera! Es un hombre bueno, y
por eso todo el mundo ha visto con gusto
que haya sido él el agraciado.

A su respetable arzobispo debe Valen-
cia el honor que se le ha otorgado, y á su
Arzobispo debe Sevilla su humillación, y
no le queda á Spínola otro medio de des-
agraviarla y de salir airoso que renunciar
el arzobispado. Estorba, esto lo reconoce
todo el mundo, incluso él mismo; es im-
posible que no lo comprenda y que no des-
confíe de los que le digan lo contrario por
mero cumplimiento ó por la cuenta que
les tiene si son parásitos.

No le asuste tamaña determinación
que no tendrá que ir á comer á la Tienda-
Asilo, como yo he ido, y ganará mucho
en el concepto público como hombre de
vergüenza, y, sobre todo, dejará probado

que antepone el bien de la Iglesia al de su
persona.

Esto es lo digno, y todo lo demás....
endosarnos el camelo.

FRANCISCO MARTÍN LÁZARO, PRO.
Misionero Apostólico.

Lo de Burguillos

La trágica nota que estuvo á punto de
sonar en Burguillos va resultando cómi-
ca, por el proceder de aquellos municipes
que, al verse apresados entre las mallas
de su propia red, tejida tan burdamente,
se batan en retirada la más bochornosa.

Se reúnen como en familia, cual años
anteriores, y fraguan un reparto para cu-
brir *déficit* ó descubiertos por consumos
del año 1901.

En estos días de la recolección los ve-
cinos, ¿cómo pensar en otra cosa que en
recolectar su exigua cosecha y llorar sus
pérdidas y lamentar la ruina que se cierne
sobre ellos? No esperan el golpe y este es
el momento oportuno para que pase ese
reparto, y já notificar á todos sus cuotas!

Pero aquella Junta administrativa, que
para algo está constituida, da la voz de
alarma, y los vecinos acuerdan una *reti-
rada* del pueblo á la capital, para entre-
gar al señor Gobernador las llaves de sus
arruinados hogares, al par que producir
las bajas en la contribución por imposi-
bilidad de seguir en el ejercicio de sus
industrias.

Consultan su decidido propósito con
quien tienen el deber de hacerlo aquí, y
viene una numerosa comisión al efecto.

Como el Reglamento de las Juntas ad-
ministrativas prohíbe toda manifestación
que pueda calificarse de tumultuaria, y
los medios que aconseja son los que las
Leyes y Reglamentos establecen para
cada caso, el fundador de estas Jun-
tas acude al señor Gobernador, cuya
autoridad superior, estimando la sensatez
y cordura de los honrados hijos de Bur-
guillos, ofrece su amparo á aquellos des-
graciados y les promete la más estricta
justicia, para que no se repitan los escan-
dalosos sucesos de años anteriores.

Pero hé ahí que, por arte mágico ó por
algún *reporter* de la capital, llega la no-
ticia urgente á los confeccionadores del
reparto aludido, y al regresar la comisión
al pueblo, y como por *casualidad*, se les
hace saber extraoficialmente que *ellos
mismos han anulado ese reparto*, y que
están estudiando otro *un poquito más
crecido*.

¿Quién hizo, pues, el reparto?

¿Quién lo impugnó de agravios?

¿Qué Gobierno civil tuvo conocimiento
de él?

¿Qué comisión provincial ha dictami-
nado?

¿Qué real orden y cuál la Junta de aso-
ciados?

¿Qué *déficit* por consumos del año 1901
es ese, y por qué tal descubrió?

¿Y la responsabilidad de aquellos cen-
cejales del 1901?

¡Qué listos!

Hoy ha sido entregado al Sr. Conde de
Buena Esperanza un Mensaje firmado
por numerosos vecinos, por el que el se-
ñor Gobernador verá la trama y la ur-
dimbre que estos jugadores á los repartos
fabrican sin tener en cuenta á las autori-
dades superiores.

Claro, como en *eso* del Pósito van bien
y en los terrenos comunales no se molesta
á los *ensanchadores* de sus dominios y
las cañadas reales, y otras menudencias
por el estilo, se sostienen sin que los ve-
cinos de Burguillos hayan protestado ha-
sta hoy, no esperaban esos administrado-
res municipales que ahora, por *mor* del
reparto ese maldecido, el pueblo se con-
venciera de que hay leyes en España, de-
rechos de ciudadanos y autoridades que,
acudiendo á ellas, hagan justicia al que,
oprimido, sufre y ve la ruina en próximo
plazo, envolviendo con sus negros cres-
pones á todo un pueblo.

ZETA

La herencia del Papa

Escriba usted, señor escribano,
con la pluma en la mano,
que deo á mi yerno unos pantalones
que no tienen piernas, forros ni botones.
(Romance popular)

Por la prensa de todo el mundo ha circulado
la noticia de que León XIII había reformado su
testamento y dejaba á sus sobrinos la modesta
herencia de veinte millones de francos.

Las gentes han leído esto y se han quedado
tan frescas, y á nadie se le ha ocurrido decir:
Pues, señor, ¿no era este el Papa que estaba *po-
bre y preso*? ¿No nos estaban atronando los oídos
todos los días los obispos diciéndonos: «Que
el Papa no tiene un céntimo, que se muere de
hambre, dadle dinero á toda prisal» ¿Pues sí,
este era aquel pontífice que nos pintaban meti-
do en un calabozo por el rey de Italia, cargado
de cadenas, comiendo mendrugos y acribillado
de trampas; éste es *aquel*, y por eso poquito á
poco y á fuerza de peticiones y socaliñas ince-
santes puede ahora dejar á los sobrinos Peco-
el regalillo de veinte millones de francos. ¡Qué
lección tan elocuente si quisiéramos aprovechar-
la! ¡Pasar León XIII toda su vida jurando por
todos los santos que está en la miseria y luego
morir envuelto en millones!... ¡Que sea enhora
buena, oh sabio é inmortal pontífice, y que bu-
enos ratos se pasarán vuestros sobrinos con los
veinte millones del alal! ¡Oh y qué pocos tós co-
mo vos andan ahora por el mundal! A mil padres
se puede renunciar teniendo la suerte de trope-
zar con un tío con tiara, y que lleve en el bolsillo
las llaves del cielo. Esta es vuestra obra, obispo
del pueblo católico, organizadores de peregrina-
ciones, jubileos y Bancos del dinero de San Pe-
dro; esta es gloria vuestra, directores de perio-
dicos y revistas católicas, con vuestras eternas
listas de suscripción á favor del pontífice pobre;
regocíjate, Nocedal, salta de júbilo, oh insigne
Sardá y Salvany, que con *El Siglo Futuro* y la
Revista Popular habéis ido llenando los bolsi-
llos pontificios, arrancando con mentiras, lágr-
mas fingidas y compasión ficticias, moneda tras
moneda á la viuda fanática, á la beata tonta, á
aristócrata corrompido y al obrero embaucado.
España tiene en esos veinte millones más de
diez y nueve, porque en el mundo entero solo
aquí se creía en la pobreza papal, y el clero y
católicos del extranjero se refan cuando nos
veían á nosotros quitarnos el pan de la boca pa-
ra dárselo al hombre más rico del mundo.

Sí, al hombre más rico del mundo; porque
no hay monarca, ni banquero, ni millonario que
posea la fortuna que los papas. Para comprar so-
lo los objetos artísticos, pinturas y esculturas que
hay dentro del Vaticano, no hay dinero bastante
en la tierra, como no hay palacio más suntuoso,
ni jefe de Estado con más personal y servidum-
bre que el Papa; ni tesoro regio tan repleto co-
mo el pontificio.

La pérdida del poder temporal fué la *mayor*
ganga que pudo caer á los papas y la renuncia
á la subvención de la corona de Italia el mejor
ardid para ganar mil por uno. El Papa siendo
rey, ó no siéndolo, cobrando los millones de li-
ras que el Gobierno de Italia le asignaba, no tie-
na razón ni pretexto para pedir nada ni á nadie.

Pero apareciendo ante el mundo católico
como un despojado, sin renta ni ingreso alguno,
podía continuamente apelar á la compasión de
los fieles y hacer que ríos de oro afluyesen sin
descanso al mar sin fondo de las arcas papales.

Podrá León XIII haber tenido estas ó las
otras cualidades buenas ó malas, pero jamás
ninguno de los sucesores suyos le aventajará en
el arte de sacar dinero á la cristiandad. Todo se
convertía para este anciano en ocasión para pe-
dir. Que es el aniversario de mi primera misa,
pues dadme limosnas; luego que hace veinticin-
co años que la celebré, pues dadme dinero; que
hace cincuenta, pues quiero monedas; que hace
otros veinticinco que fui nombrado obispo, ven-
gan cuartos; que hace cincuenta, más *quatrini*,
que tal día fui nombrado arzobispo, hay que co-
lebrarlo con billetes de Banco; que tal otro me
hicieron nuncio, más oro; que en tal fecha fui
elevado al cardenalato, más dinero; que es mi
santo, pues quiero regalos, carteras repletas de
cheques, tronos de oro y brillantes y hasta edifi-
cios enteros, como la Iglesia de San Jaquino; y
luego el jubileo papal, las exposiciones vaticá-
nas, las peregrinaciones, los nombramientos de
obispos y cardenales, la concesión de bendicio-
nes, indulgencias y canonizaciones.... dadme,
dadme dinero por todo. Todo clérigo que du-
rante el pontificado de León XIII ha sido nom-
brado obispo ha tenido que corresponder al sa-
vor remitiendo al Papa muchos miles de duros;
todo obispo elevado á cardenal ha tenido que
raspar el fondo de la caja para pagar á León
XIII el honor de la púrpura.

¿Y cuánto dinero no ha venido, además, de